



# LAS MUJERES EN LA ARQUITECTURA

*De fabricatrix a arquitecta*

LUIS FERNANDO  
GONZÁLEZ ESCOBAR

Ir a Europa, en lo que se llamaba el *Gran Tour*, era un viaje de iniciación de los jóvenes aristócratas ingleses en el siglo XVIII. Se trataba de conocer de primera mano; de la experiencia del viaje y el acercamiento a la vida social, al conocimiento y a la estética de la antigüedad clásica. Un viaje que se repartía entre las maravillas arquitectónicas y artísticas de Florencia, Venecia y Roma, entre otras ciudades italianas, y la vida social, el refinamiento y el buen gusto parisino. Era un mundo aristocrático, predominantemente masculino, pero que no estaba vedado a las mujeres, como para que una viajera inglesa, Mary Wortley Montagu, escribiera en 1742: “[pareciera que] Italia goza la bendición de ver señoras inglesas de toda importancia y calidad”. Décadas más tarde, una de esas viajeras inglesas sería Mary Parminster, que a los 17 años decidió emprender el tour con su hermana Elizabeth y su prima Jane, quien se había convertido en su tutora a la muerte del padre de aquellas. Las primas Parminster viajaron, a partir

de 1784, durante 4 años aproximadamente en una ruta que, si bien no se sabe con precisión, debió seguir los sitios y ciudades habituales, especialmente para el caso italiano, donde se quería ver y estudiar la antigüedad clásica, así las ruinas visitadas fueran de otras culturas y tiempos.

La singularidad de las primas Parminster no se centró en ser unas de aquellas esforzadas viajeras, antes de las mejoras en el transporte naval y del desarrollo e instalación del ferrocarril que facilitó el viaje y lo amplió a la burguesía, sino en su decisión de no casarse por compromisos o acuerdos y mantenerse solteras, centradas en sus propios proyectos de vida y sociales. Uno de esos proyectos fue la construcción de su propia casa, entre 1795 y 1796, en Exmouth, condado de Devon (Inglaterra), en el cual Mary fue determinante. Una casa campestre aislada, emplazada sobre una colina, que destaca por su forma poligonal externa y el espacio octogonal interior, el cual comunica verticalmente los diferentes niveles y remata en una galería perimetral. La desnudez y tosquedad de la piedra y la paja en el exterior

—esta última cambiada por teja a finales del siglo XIX— contrastan con la delicadeza de la decoración interior, con sus pinturas y el excelso trabajo con conchas elaborado por ellas mismas. Unos espacios interiores pensados desde la vivencia y el acontecer femeninos que permiten gozar de la luz solar al amanecer en las habitaciones, en el transcurso del día en la sala de dibujo y en el comedor al atardecer. Casa que conservó esa línea, podemos decir, femenina, debido al acuerdo de que a la muerte solo podían heredar las mujeres solteras de la familia, aunque esta tradición de doscientos años se interrumpió a finales del siglo XIX, cuando un hombre de la

Casa de las primas Parminster



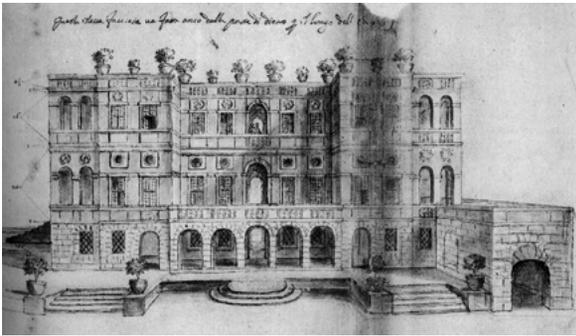
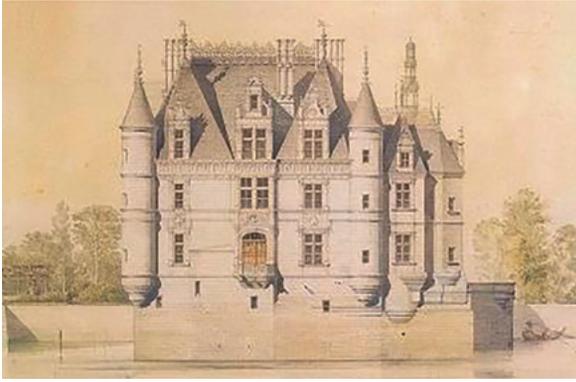
familia la compró y le introdujo grandes cambios en materiales, instalaciones, ventanas, entre otros elementos, para modernizar la casa.

Hoy la casa de las primas Parminter es un referente arquitectónico obligado. Está en las guías de arquitectura inglesa. Todavía más, en los últimos años ha sido retomada una y otra vez para reivindicar el papel femenino en la arquitectura y en la decoración. Al tocar el tema del papel de las mujeres en este campo y su silenciamiento, sale a relucir este ejemplo destacado, por la personalidad de las Parminter, desde el punto de vista de la arquitectura y el género en cuanto no fueron reconocidas dentro de los cánones convencionales de la historia de la arquitectura. Ha sido lo habitual reducir lo elaborado a lo anecdótico y lo exótico, o convertir la obra en un hecho singular y aislado, un trabajo de divertimento o de uso del tiempo libre que no trasciende ni tiene aporte al desarrollo de la arquitectura. Incluso, como sucede en el caso de las primas Parminter, siempre en la búsqueda del desconocido o fantasmal arquitecto que hizo los planos de la obras que ellas ejecutaron. Pero este hecho, que pareciera anecdótico, no es sino uno entre tantos en el mundo.

No ha sido muy generosa la historia de la arquitectura en reconocer el papel de las mujeres en dicho campo y en el urbanismo a través de los tiempos en todas las culturas, como tampoco en relevar el papel de las arquitectas pioneras en el ejercicio de la profesión, teniendo en cuenta que ya desde el siglo XIX existieron mujeres que, pese a todos los prejuicios de su momento, se graduaron en distintas academias, por encima de la misma oposición de estas. Tal idea de negación, invisibilidad, desconocimiento e incapacidad de las mujeres para el ejercicio de la arquitectura ha rondado desde los tiempos antiguos hasta los contemporáneos, como lo evidenció el caso de la arquitecta de origen africano pero afincada en Estados Unidos, Denise Scott Brown, quien pidió en marzo de 2013, a los 81 años de edad, que se le reconociera, de manera retrospectiva, ser incluida en el Premio Pritzker que se le había otorgado a Robert Venturi en 1991. Ella

misma señalaba que no pedía un Pritzker propio, sino una ceremonia de inclusión en honor a la creación conjunta. Y es que ella era socia de la oficina de arquitectura donde trabajaba con Robert Venturi; junto a él desarrolló importantes proyectos de arquitectura, pero, sobre todo, una importante obra teórica que incluyó libros de gran trascendencia como *Aprendiendo en Las Vegas*, publicado en 1972, aparte de obras como la ampliación de la National Gallery de Londres y de textos que incluye el más reciente libro en solitario, *Armada de palabras*, publicado en español en 2013, en donde da cuenta de los entresijos de la actividad conjunta con Venturi, del valor de sus aportes, entre ellos el de haber sido ella la que tomara la iniciativa para viajar y estudiar Las Vegas, a partir de lo cual se inicia la valoración del paisaje cotidiano. Pero solo fue Venturi el premiado, a su socia y coautora intelectual la redujeron al papel de esposa. El sinsabor, por más de dos décadas rumiado, lo expuso en público y trascendió a las redes sociales, donde se hizo una convocatoria para apoyar la petición del reconocimiento. Pese a la presión social, los jurados del premio de 2013 respondieron que no podían hacerlo, pues no les correspondía ni reabrir ni tomar decisiones de los jurados de años anteriores, aunque reconocían la necesidad de garantizar a las mujeres un lugar justo e igualitario dentro de la profesión. Pero el premio Pritzker, tal vez el galardón máspreciado por los arquitectos, que se otorga anualmente desde 1979, ha tenido casos como el del arquitecto chino Wang Shu, quien recibió el galardón en 2012 sin tener en cuenta a la arquitecta Lu Wenyu, su esposa y socia de oficina, de donde salieron las obras que justificaron el premio otorgado. O el caso de la arquitecta japonesa Kazuyo Sejima, quien debió exigir a su socio, Ryue Nishizawa, compartir el premio otorgado al estudio SANAA en 2010, pese a que ella era socia fundadora mientras que Nishizawa había llegado a la oficina diez años después.

Casos como el de Denise Scott Brown o Lu Wenyu no han sido únicos. Muchas mujeres que ejercieron la arquitectura en los estudios de



IZQUIERDA. ARRIBA. Castillo de Chenonceau. Catherine Briçonnet. ABAJO. Proyecto longitudinal para el Vascello. 1663. Roma, Archivio di Stato. Plautilla Bricci. DERECHA. Capilla de la iglesia San Luis de los Franceses, Roma. Plautilla Bricci. 1664.

famosos arquitectos, compartiendo el ejercicio profesional con ellos, pero no los créditos de las obras, pasaron a la historia como las esposas, mientras en la historia oficial de la arquitectura las obras quedaron registradas a nombre de los venerados maestros, como el caso de Aino Marsio Aalto, esposa de Alvar Aalto, el reconocido arquitecto finlandés, a la que difícilmente se le reconocen sus importantes aportes en esta singular obra entre la tradición escandinava y la modernidad.

La polémica alrededor de lo sucedido con Denise Scott Brown, al igual que el otorgamiento del Pritzker a la arquitecta iraní Zaha Hadid en 2004 —la primera mujer en recibirlo—, su lamentada muerte en 2016 y la celebración del primer aniversario en 2017, incentivaron en el mundo la discusión del papel y el protagonismo de las mujeres en la arquitectura y la necesidad de reivindicarlo. Han sido muchas las posturas, algunas influenciadas por los estudios de género, como el caso del trabajo *Matronazgo y arquitectura*, un trabajo colectivo publicado en España en 2016, en el cual precisamente se retoma el concepto de “matronazgo” para referirse al mecenazgo civil ejercido por mujeres de las elites en diferentes ciudades del mundo antiguo y moderno. Un aporte que no solo transforma ese paisaje urbano, sino las relaciones

que se establecían tanto en lo social como en lo cívico; así, los diferentes trabajos incluidos en el libro van desde la reina Apolonis en la antigua ciudad helenística de Pérgamo en el Asia Menor, donde la impronta como reina madre se expresó físicamente en el paisaje urbano y arquitectónico, y en la construcción ideológica de aquella ciudad, hasta Isabel de Braganza y su papel en la construcción del Museo del Prado en Madrid, pasando por diversas mujeres como promotoras, financiadoras y hasta ejecutoras de significativas transformaciones urbanas y monumentales construcciones arquitectónicas. Un matronazgo que buscaba, desde la idea de participar en las decisiones de las ciudades, poner al servicio de las mismas sus intereses estéticos o morales, hacerse reconocer socialmente, perpetuar su memoria, consolidar las redes de poder personales o familiares, y también “[permitir] a las mujeres, excluidas del poder político, disponer de otras formas de poder —integrado, social económico, etc.—, que les proporcionan influencia en diversos ámbitos de la vida cívica, social, cultural, económica y simbólica de su comunidad y capacidad de operar en su compleja trama de relaciones” (Martínez López, 2016). En síntesis, transformaron poder económico en poder social y cultural a través de esas obras.

La polémica alrededor de lo sucedido con Denise Scott Brown, al igual que el otorgamiento del Pritzker a la arquitecta iraní Zaha Hadid en 2004 —la primera mujer en recibirlo—, su lamentada muerte en 2016 y la celebración del primer aniversario en 2017, incentivaron en el mundo la discusión del papel y el protagonismo de las mujeres en la arquitectura y la necesidad de reivindicarlo.

Pero mucho más allá de ese papel cívico, de la manera como fueron ganando espacios para participar en las decisiones de ciudad, está la reivindicación del papel cumplido por algunas mujeres como verdaderas artífices de la arquitectura, en términos de su reflexión, representación y construcción. Una participación activa, como en el caso de la italiana Plautilla Bricci, considerada por muchas investigadoras como la primera mujer que ejerció la arquitectura en el siglo xvii. Su formación autodidacta se dio primero en el círculo familiar de la mano de su padre, quien la inició en la miniatura. Pero avanzó con tal destreza y capacidad que para el año 1655 ya figuraba en la Academia de San Luca de Roma, que desde 1620 tenía el derecho de reconocer quién era artista, lo que indica el nivel alcanzado. La Bricci alcanzó protagonismo en la arquitectura con la Villa Benedetti, en la cual entró a colaborar con su hermano Basilio, en principio, en la decoración pictórica, pero en la que realmente fue responsable de los planos, dibujos e, incluso, en el trabajo de esta obra realizada hacia 1663, y cuyo aporte solo se ha demostrado a plenitud con las investigaciones de los últimos años; pero también se le relaciona con obras como la capilla de San Luis, en la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma o en la remodelación del Palacio Testa-Piccolomini. La Bricci es, pues, un

referente obligado para las mujeres en términos de su labor pionera en la práctica arquitectónica y en el reconocimiento social de su ejercicio.

Otro proyecto importante surgido en estos años es el trabajo colectivo en red “Un día | una arquitecta”. Un proyecto virtual, colaborativo e incluyente que se inició simbólicamente el 8 de marzo de 2015, con el fin de visibilizar el trabajo de las arquitectas en múltiples campos —proyecto arquitectónico urbano y paisajístico, tecnologías, hábitat, teorías, enseñanza, etc.—. Un proyecto que pretende “la voluntad de escribir una historia más equitativa, descubriendo profesionales que, desde el siglo xv hasta nuestros días, aportaron, crearon, innovaron y brillaron en la profesión”<sup>1</sup> (Un día | Una arquitecta, 2016); de ahí la gran cronología, con aproximadamente 570 biografías en una temporalidad de 5 siglos, que va de Katherine Briçonnet (1494-1526) a la argentina Maricruz Errasti, nacida en 1985. Con la inclusión de la francesa Briçonnet, el protagonismo de las mujeres se fue temporalmente siglo y medio más atrás de la Bricci, sumando además otros dos nombres representativos: las inglesas Bess de Hardwick y Anne Clifford. Nobles y ricas las tres, pero mientras la Briçonnet a principios del siglo xvi remodela, adiciona y pone su toque a un viejo castillo en ruinas para ser su residencia, lady Anne Clifford se dedicó a recuperar caminos y edificaciones en la propiedad de la familia —puentes, molinos, capillas—, a construir sus monumentos funerarios y otros proyectos de mayor envergadura como iglesias, asilos y castillos, hoy parte del patrimonio inglés, en un ejercicio de arquitecta autodidacta; por su parte, Bess de Hardwick resumió su papel en el epitafio de la tumba, en cuyo diseño participó: “La muy celebrada Elizabeth condesa de Shrewsbury fue constructora (*fabricatrix*) de Chatsworth, Hardwick Hall y Oldcotes, mansiones distinguidas por su magnificencia”. Sí, un término bastante significativo, *fabricatrix*, puesto que fueron constructoras que ejercieron en la práctica, aunque centradas en los círculos familiares, no en el ejercicio, como ocurrió con Plautilla Bricci.

Ahora bien, estos procesos reivindicativos no son nuevos. Tienen ahora otras expresiones y perspectivas teóricas, mayor contribución de fuentes y de posibilidades de búsquedas para demostrar y comprender el papel de las mujeres en

la arquitectura, el aporte real y explicar cómo fue su exclusión, pero ya los movimientos feministas de la posguerra plantearon luchas reivindicativas, posicionamiento de sus planteamientos —algunos con concepciones radicales— y establecimiento de formas organizativas colectivas internacionales.

Desde la perspectiva feminista o de las más recientes de género, se han combinado para reivindicar y resaltar el gran esfuerzo de las pioneras que accedieron a una formación académica y que lucharon por ser reconocidas en un medio profesional machista, patriarcal o andrógino, participando de importantes proyectos, aunque algunas de ellas fueran reducidas a los temas de decoración e interiorismo. Resaltan entre muchas más los casos de las finlandesas Signe Hornborg e Hilda Hongell, graduadas en instituciones de aquel país, la primera en 1890 y la segunda hacia 1893, aunque ya llevaba varios años diseñando; las escocesas Margaret y Frances MacDonald, casadas con los arquitectos Herbert McNair y Charles Rennie Mackintosh, respectivamente, con quienes formaron el “Grupo de los Cuatro”, promotores del *Art Nouveau*; la alemana Emilie Winkelmann, a quien, pese a ser la primera en iniciar estudios de arquitectura en Europa, solo se le otorgó el título en 1909, pero ejercía en su propia oficina; la norteamericana Margaret Hicks, la primera de ese país graduada en arquitectura en la Universidad Cornell en 1878; Louise Blanchard, también norteamericana, la primera en ser aceptada en la AIA —American Institute of Architecture— en 1888; Julia Morgan, la primera graduada en la tradicional École des Beaux-Arts de París, aunque era norteamericana; o Ethel Mary Charles, la primera en el flemático Royal Institute of British Architects (RIBA), esto para señalar algunas de las precursoras en aquellos países que ya tenían larga tradición formativa académica, pero centrada en los hombres.

Las arquitectas graduadas en el siglo XIX anteceden a las que formaron parte del Movimiento Moderno y de las vanguardias del siglo XX, también invisibilizadas, desconocidas, eclipsadas o minimizadas, en lo que la española Carmen Espegel llama el periodo heroico. Walter Gropius, por ejemplo, tomado como uno de los adalides del Movimiento Moderno, promotor de una escuela de artes aplicadas, la Bauhaus, que integraba la arquitectura

con el diseño industrial, con nuevas metodologías para el diseño arquitectónico, con una concepción progresista y preocupado por solucionar el problema de la vivienda social, no permitió el ingreso de mujeres e, incluso, las vetó para el estudio de la arquitectura y las relegó a otras actividades manuales como los talleres textiles o de decoración; pese a todo hubo presencia femenina: Gunta Stölzl fue alumna y posteriormente maestra, y Lotte Stam-Beese, en 1927, fue la primera en ingresar al taller de arquitectura. Pueden ser señalados otros casos, pero Carmen Espegel considera que de todas maneras fue una época importante, dado que “la evolución activa de la mujer como profesional es, tal vez, el parámetro más importante de la modernidad en el siglo pasado. La mujer ha estado constreñida a la artesanía, a la domesticidad, en resumen, al mundo interior y del interior. El paso de la mujer como objeto de la industria a la mujer como sujeto de la misma, ha sido un exponente de dicha modernidad” (2012).

No obstante, en la segunda mitad del siglo XX, las arquitectas tuvieron que luchar para hacerse reconocer no solo como arquitectas, sino como autoras merecedoras de reconocimiento, como sucedió con la francesa Solange D’Herbez de la Tour, quien ganó el primer premio de un concurso convocado por el Ministerio de Reconstrucción de París en la década de 1950, para el diseño de un modelo de casa económica; sin embargo, “cuando fue a recibir su premio, fue humillada públicamente, retirándosele el mismo por el hecho de ser mujer. Así, inició una huelga de hambre frente a la explanada de Les Invalides, y por temor a los escándalos, las autoridades decidieron otorgarle el premio que había merecido” (Mérola Rosciano, 1991). Luego ella misma promovió asociaciones femeninas de mujeres arquitectas, tanto de orden nacional —la francesa— como internacional, la Union Internationale des Femmes Architects (UIFA), esta última en 1963, con el fin de defender y promover sus derechos. A pesar de todo, y no obstante el tiempo transcurrido, los esfuerzos, avances y logros obtenidos, todavía es un hecho la negación que se hace del aporte femenino, ya de manera individual o colaborativa, tal y como le ocurrió recientemente a Denise Scott Brown.

¿Qué se puede decir en el caso colombiano en particular? Pese a que en el proyecto “Un día | Una



PRIMERA FILA DE ARRIBA ABAJO. SIGLO XIX. Louise Blanchard Bethune (1856-1913), Margaret Hicks (1858-1883), Signe Hornborg (1862-1916), Hilda Hongell (1867-1952)

SEGUNDA FILA DE ARRIBA ABAJO. SIGLO XX. Emilie Winkelmann (1875-1951), Aino Aalto (1894-1949), Solange D'Herbez de la Tour (1924), Denise Scott Brown (1931)

TERCERA FILA DE ARRIBA ABAJO. SIGLO XXI. Zaha Hadid (1950-2016), Kazuyo Sejima (1956), Lu Wenyu (1966), Carmen Espegel (1960)



ARQUITECTAS COLOMBIANAS

ARRIBA. DE IZQUIERDA A DERECHA. Luz Amoroch Carreño (1922), Astrid Leticia de Greiff Bernal (1930), Silvia Arango (1948)

ABAJO. DE IZQUIERDA A DERECHA. Ana Elvira Vélez (1966), Lina Toro (1978), Viviana Peña (1984)

arquitecta” se reconoce la labor de investigadoras como Silvia Arango, diseñadoras con obra consolidada como Ana Elvira Vélez, o arquitectas más jóvenes y en proceso de consolidación como Lina Toro, Catalina Patiño o Viviana Peña, estas más visibles por su contemporaneidad y su accionar en el ciberespacio, apenas estamos redescubriendo algunas de aquellas mujeres invisibilizadas y pioneras en nuestro medio, como el caso de Luz Amoroch Carreño, la primera arquitecta graduada en la Universidad Nacional en 1945, que fue a su vez la primera facultad de arquitectura en el país. Ella hace muy poco salió del anonimato y se reconocieron sus obras y el papel desempeñado. Otro tanto se puede decir en términos más locales para el caso de Medellín, donde poco sabemos de Fanny Córdoba o Astrid de Greiff, las dos primeras arquitectas graduadas en el Departamento de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia en la sede Medellín, antes de convertirse en la Facultad de Arquitectura. Estas y muchas otras arquitectas que trabajaron, diseñaron, construyeron y propusieron ideas pioneras, han sido silenciadas, reducidas a

esposas, dibujantes, decoradoras o simple anécdota, mientras sus pares masculinos están en el olimpo de la historia oficial. ■

Luis Fernando González Escobar (Colombia)  
Profesor asociado adscrito a la Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín).

Referencias

Espgel, C. (2012). *Arquitectas pioneras en el siglo xx*.  
Martínez López, C. (2016). Mujeres y arquitectura en las ciudades romanas del occidente mediterráneo. Acciones y transformaciones cívicas de matronazgo. En C. Martínez López and F. Serrano Estrella (eds.), *Matronazgo y arquitectura. De la Antigüedad a la Edad Moderna*, 1.ª ed., Granada: Universidad de Granada: 141-172.  
Mérola Rosciano, G. (1991). *Arquitectura es femenino*. Caracas: Alfadil Ediciones.  
Un día | Una arquitecta (2016). *Acerca de*. Recuperado de <https://undiaunaarquitecta2.wordpress.com/acerca-de/> [10 de octubre de 2017].

Notas

<sup>1</sup>El equipo de redacción está formado por Cecilia Kesman, Florencia Marciani, Inés Moisset, Gueni Ojeda (Argentina), Zaida Muxí (España) y Daniela Arias (Uruguay-España).